UN SUEÑO DEL JARDÍN ORIGINAL

MANUEL CAPETILLO

Pronto, la espera fue interrumpida, al tiempo en el que los espíritus creados tuvieron noticia de lo que habría de suceder, reuniéndose y dispersándose tales espíritus como si la crueldad de una batalla celebraran, y asimismo la Naturaleza, al agitarse levemente las palmas y los grandes árboles, y los follajes acumulados y pequeños, y los arbustos y los pastos, como sucedió a las plumas de las aves y a sus alas y cuerpos, enteramente, al tiempo en que las bestias de la tierra y de las aguas se movían con extrema agitación y se paralizaban, con sosegada inquietud que aumentó al instante, toda la Naturaleza puesta de acuerdo al convulsionarse los vientos de la obscuridad y de la luz, previéndose entonces la violencia de las montañas y de la superficie toda de la Tierra, cuando los gases del interior del Mundo explotaron, cuando las bocas de los volcanes y las grietas de la superficie abierta arrojaron fuego y grandes rocas y líquidos metálicos en llamas.

Luego volvió a haber la impresión de la calma, al prolongarse y ser costumbre tanta agitación mostrada por los lugares y por el hervor ardiente de los seres, y la calma, a todo, de nuevo fue extendiéndose y siendo cierta, y una gran ave blanca y luminosa se posó sobre la faz de la tierra.

Y bajo la luz del ave blanquísima, y sobre la cubierta que es la superficie del mundo, la cual ocultaba la obscuridad del fuego y la tenebrosa inquietud de los espíritus que ahí habitan, el verdor floreció con la coloración de los pájaros y de las mariposas, cuando aún no era prevista la invención del Arco Iris.

Enseguida el huracán de la tierra tornó a tranquilizarse, de modo que las aguas de los mares, de los lagos y de los ríos se aquietaron, alcanzando el lento movimiento, anterior a la inmovilidad que Dios no quiso.

Adán vio entonces que todo volvía a la calma de su plena soledad, él acompañado por un sinnúmero de seres vegetales y de carne, y por los sinuosos trazos, los de las arenas que en las playas y desiertos se encuentran, y por los que son propios de las rocas curvas, y rectas, que inapreciablemente se desvían, en los cortes de la montaña, rumbo a los múltiples senderos bifurcados que se dirigen al centro de la obscuridad.

Desocupado él mismo, ocupado por su gozo, Adán paseó su silueta por los sitios todos, frente a las formas de la exuberancia que se disponía a dormir, durante el tiempo en el que tenía lugar la lenta y detenida proximidad de una noche que tardaba el periodo de su iniciación, mirando Adán cada lugar abierto y cada sitio escondido, las cuevas, los nidos y los claros bajo la arboleda abierta, la que extendía la protección de su esbeltez entramada y su fragancia encima de la superficie, donde los seres movientes tenían guarida.

Yendo por un ancho camino que la selva marcaba y que invadía inapreciablemente instante tras instante, detenido a veces a mirar al chupamirto durante la suspensión de su vuelo, atento a las entreabiertas fauces admirables del perfecto cocodrilo, el cual adormilaba los ojos del reposo, entretenido al observar la formación tenaz de las hormigas y el exacto interior del hormiguero, contando el número de los elefantes que uno tras otro recostaban la blanda pesadez de su grande forma, entre todos tejiendo una muy prolongada alfombra que a la vista se alejaba, sin distraerse del vuelo alto del águila de alas abiertas enteramente y dormidas, con afán de no perder ni un instante mientras el Sol parecía detenerse antes de ocultarse tras el horizonte, a fin de ver las nubes de golondrinas girando en busca del regreso, cuando la Luna al otro extremo del mundo, enteramente iluminada, ilumina a las parejas y familias de búhos al despertar a sus sueños, Adán creyó reconocer un sitio entre la hierba, donde quedaron marcadas dos siluetas de lodos, de carnes, de huesos y de almas.

Aún fue largamente, disfrutando lo escaso de su prisa, a uno y a otro sitios, antes de que obscureciera tanto como para distinguir todas las estrellas, sin dejar de mirar, desde cerca y desde lejos, el lugar de la hierba que su memoria difusa y extrañada de todos modos retenía, Adán preguntándose dónde estaba

---

• De "Contagio", segunda parte de *Historia de la perdición: la Gran Ramera*, obra en proceso de composición.

Eva, o qué ser podría haber, entre todo lo que contemplaba, al cual pudiera dar nombre semejante, a quien acompañara día tras día, cada instante y hasta el comienzo de la prometida y ya gozada eternidad.

Fue mucho más tarde cuando comenzó a iniciarse el tiempo de la noche. Entonces, él, que había ascendido hasta llegar a lo más alto de las más altas montañas, abandonó su cuerpo y su espíritu al reposo de la contemplación, sin dar importancia a la obscura forma que desde los abismos lo miraba en actitud de aguardar, más bien mirando, desde tan gran distancia, el lugar de la hierba donde, en sueños, anticipadamente conoció a Eva, teniendo entonces el deseo de estar por ella acompañado durante el largo acontecer interminable de los tiempos.

En los abismos, mientras, entre las sombras, la luz obscura era vista por otros espíritus de las tinieblas, los cuales, hablas, fuegos, luces y vientos de la obscuridad, en obediencia a la luz que veían y que admiraban, y por principal impulso de la misma luz, dieron forma nuevamente a una mujer, a la cual la luz obscura ordenó que ascendiera a la superficie del mundo.

El ave blanca y luminosa redujo la inmensidad de su tamaño, extendió sus alas y voló en busca del privilegiado jardín del mundo, hasta posarse invisible en las ramas que cubrían el espacio central destinado para que Adán, un tiempo y otro tiempo, lo dedicara al sueño y a los sueños, cuando de su contemplación descendiera al valle del primer recuerdo.

La mujer creada en los abismos, cubierta por las inmundicias líquidas y ardientes que en la profundidad había, llegó a la superficie de la tierra y siguió los pasos que Adán dejó en la selva, perdiéndose su obscuridad en la penumbra del atardecer.

Cuando el canto de los pájaros comenzó a guardar silencio al principiar el término del día, la obscuridad de la Mujer permaneció en la distancia, oculta a la Luz del ave que cuidaba la claridad de la hierba y las huellas ahí dejadas anticipadamente por Adán y Eva, junto al enorme árbol plantado al centro del Jardín.

Fue entonces cuando la Luz Resplandeciente se acercó al sitio, para ir al instante a la montaña, al lugar mismo desde donde Adán veía. Luego, Adán y la Luz descendieron lentamente, escuchándose la voz queda de El Trueno, y los pasos suaves de Adán, quien caminaba acompañado.

Las aves y las bestias nocturnas del mar y de la tierra cesaron sus naturales movimientos y sonidos, los follajes y las arenas interrumpieron su agitada parsimonia, pero el caudal de los ríos aumentó hasta desbordarse, uniéndose de tal modo las aguas de los lagos y los mares a una muy elevada altura, envolviendo enteramente a la dura materia que había en el Mundo, sin que se oyera el estrépito de las aguas encontradas ni la furia del viento que entonces hubo, y sin que la naturaleza sufriera daño alguno, todo dispuesto para que Adán caminara en medio de la tranquilidad de la selva, paso a paso, en busca del lugar de la hierba donde sus huellas lo esperaban.

Fue así que, bajo la esplendidez de todas las estrellas, y bajo el agua que envolvió al Mundo, al resplandecer la Luz y al hablar la Luz a quien lo acompañaba, Adán llegó a su sitio, acomodando el cuerpo a fin de dormir.

Adán se vio de pronto en la mayor altura de la más alta de las montañas, él descendiendo entre las arideces de la piedra, los árboles aislados en la cúspide, la arboleda abierta y tupida en la ladera, la selva abundosa en las proximidades de la superficie baja cubierta por las aguas, y vio que, mirando todo lo que a su alrededor había, avanzaba con prisa al sitio marcado por su cuerpo en la hierba, y quiso llegar cuanto antes a ese lugar recordado, al que su memoria aún no conocía.

Todo estaba extraordinariamente solo, sin bestias del mar y de la tierra, y sin aves de los cielos, pareciendo mantener el espacio y los espacios un estatismo de paisaje trazado firmemente, si acaso con algunos pocos colores, marcado el fuerte contraste que entre sí tenían el rojo, el azul, el naranja, el negro de una reunión de palmas, eucaliptos, cipreses enraizados entre los cúmulos de helechos, margaritas, anémonas, acantos, vides, girasoles y otras plantas jamás antes vistas por el hombre, esbeltas y pequeñas, cultivadas con esmero por el jardinero y su artificio.

Adán se vio a sí mismo abandonado en aquellos sitios por los que él se conducía. Y, en su sueño, soñó que dormía profundamente, rodeado por la Luz y por la obscuridad, y vio que detrás el horizonte, hacia el lugar del que ya tenía costumbre de esperar que el Sol se ocultara, se perfilaba la silueta de una mujer gigantesca que a él se dirigía, mientras vio igualmente que por el Oriente comenzaba el Resplandor, al tiempo que, de el mismo sitio del Sol, otra mujer se aproximaba junto con un cordero.

Y, en medio de la Luz concentrada sobre el cuerpo de la soledad de Adán, Adán paulatinamente percibió que los lugres y el paisaje en torno suyo se desvanecían, dando la impresión de extinguirse, y que su propio cuerpo y su alma parecían próximos a desaparecer, y que ciertamente así sucedía por el acumulado Resplandor que en él penetraba, el Resplandor envolviéndolo especialmente, extendiéndose al Jardín de su sueño y al Jardín donde realmente Adán dormía.

Y la Luz, detenida en Adán y penetrándolo, cubrió el Mundo, el Universo y el Cosmos, resaltando la Luz en el Jardín, en el sitio donde la criatura hu-

mana experimentaba el sueño primero y bueno, de los sueños que tendría durante sus varios tiempos.

Y, entre la Luz intensa que hubo en todas partes, se escuchó el canto de los espíritus del habla, y también el canto de los espíritus del Fuego y del viento. Y El viento, El Fuego, La Luz y La palabra para sí cantaron su propio canto de silencio, de armonía y de composición que se admiraba por la obra toda de la Creación, que estaba próxima a ser concluida, avalanzándose La Luz y las luces, y La Palabra y las hablas, y El Fuego y los fuegos, y el Viento y los vientos, en contra de la tinieblas que aguardaban ocultas a las márgenes del Jardín Privilegiado.

Al instante, escuchándose un leve estrépito de huida, en el Mundo y en el Jardín del Paraíso y los Universos y el Cosmos cesaron un tiempo y varios tiempos las tinieblas.

Las yerbas, creciendo alrededor y sobre Adán, cubriendo el vapor leve de su cuerpo, sobrepasaron la altura de los matorrales y los bosques crecidos en las cumbres montañosas, y donde Adán estuvo no pudo verse nada, salvo la marcada silueta de su cuerpo, ésta escondida entre el verdor y el luminoso fósforo de su osamenta convertida en el polvo de los lodos secos y ligeramente ensangrentados.

Pronto el paisaje perdió la grave calidad de su contraste, y los escasos colores, empalideciendo, se multiplicaron, volviendo el Jardín, paulatinamente, a ser el Jardín verdadero conforme a su costumbre, de modo que Adán, desperezándose, comenzó a comprender el lugar donde se hallaba, reconociéndose poco a poco a sí mismo, mientras prestaba mayor atención a todo aquello que él miraba en la proximidad y en la distancia.

Vio la alta montaña, desde donde contempló el paisaje entero y el lugar donde ahora se encontraba, como vio su descenso, y los caminos que lo condujeron a la yerba marcada por los cuerpos y las almas, de él y de quien con él estuvo en la promesa del sueño.

Luego, dándose tiempo para despertar, miró atentamente a su alrededor, prestando atención a los sonidos de la naturaleza, reconociendo el sonido del viento, el de la tormenta, el de las aguas al caer o al deslizarse, o el que es propio de las aves y las bestias de tierra y los peces cuando cantan al cortejarse y al saludar y despedir a la noche o al día, sin poder recordar los sonidos de quien, junto a él, lo miraba.

Pareció que ella iba a decirle algo, cuando en el Jardín y en el Mundo sopló un fuerte viento y se escuchó un estrépito de truenos, mientras el cielo se pobló de rayos luminosos y de grandes luces centelleantes cuando todas las estrellas se acumularon en torno a las inmediaciones de la Tierra, al tiempo en que el Sol y la Luna se reunieron sobre el cenit de la hierba donde ellos se miraban en medio de La Luz que Resplandece.

Nada pudieron decirse por el momento. Si acaso, Adán pronunció el nombre de Eva, para luego mirarla largamente, como sorprendido de que ahí estuviera ella, mientras Eva, con un pequeño lienzo de pastos arrancados a la Tierra, a Adán limpiaba cuidadosamente el líquido rojizo que escurría de su costado, llevándose los pastos ensangrentados al olfato, antes de provocarse sangre ella misma por debajo de su vientre, para que Adán la sintiera y la tomara.

Los árboles, las aguas, las bestias terrestres y marinas, y las aves, del todo se aquietaron, mientras el Ave inmensa y luminosa descendió a la Tierra aún más, mostrándose pequeña, y precisamente al Jardín, donde Eva respondía a Adán pronunciando el nombre que éste tenía, escuchándose una fuerte voz que conversó con Adán y Eva antes de que éstos se encontraran.

Ambos se incorporaron impulsados por el vuelo del Ave luminosa y por El Viento, La Luz, El Fuego y La Palabra, en la forma de un cordero que avanzó al lado de quienes por el Jardín fueron llevados a conocer lo que en el Mundo había.

La mujer obscura dio tiempo a que el tiempo transcurriera. Desde la más grande lejanía, ella próxima al lugar menos distanciado del lugar donde impera la eternidad de la noche y de la muerte, viendo a la distancia que el hombre y la mujer conversaban con la palabra, el Fuego, el viento y la Luz, convocó a su propia Luz creadora, Luz de las Tinieblas, para que, ascendiendo de la obscuridad, se dedicara a mirar lo que en el Jardín sucedía. ◄